

*Había una vez dos pueblos separados por un río.*

Este relato también se podría empezar de otra manera:

*Había una vez dos pueblos unidos por un río.*

A mi la que más me gusta es esta tercera:

*Había una vez un río, en cuyas orillas se asentaban dos pueblos.*

Escribir cualquier relato, es siempre difícil. Hay que elegir bien las palabras. No digamos si se trata de la historia, de la historia oficial de un pueblo por ejemplo, que responda a la realidad, y a la verdad. Y no lo digo yo, ayer mismo se lo oía decir a un gran contador de relatos, como es Mariano Ferrer, lo complicado que resulta hacer relatos comunes de un mismo hecho histórico, cuando hay dos partes con diferentes puntos de vista. Y sin embargo, él mismo declaraba que no había otro remedio para seguir avanzando.

Hoy he optado por contaros este pequeño relato, que quizá no responde a la realidad de los hechos, pero sí está basado en hechos reales, muy reales. Lo he titulado: BI HERRI.

Había una vez un río, en cuyas orillas se asentaban dos pueblos. Al paso de los mismos, existía, desde tiempo inmemorial, un pequeño puente de madera, que servía para que sus gentes pasasen de un lado a otro.

Por entonces la gente no circulaba tanto como hoy, y los vecinos raras veces pasaban de un lado a otro. Tenían todo lo que necesitaban en su pueblo. Cada uno entendía su comunidad de una forma diferente, pero eso nunca fue impedimento para el respeto mutuo. Había valores que prevalecían muy por encima de otros.

Entre sus gentes reinaba el amor, la felicidad, la esperanza y la solidaridad, a partes iguales con el miedo, el odio, la envidia y el egoísmo. O sea, como en todos los sitios.

Como buenos vecinos que eran, y como pasa en casi todos los pueblos, tenían una gran rivalidad entre ellos. Pero a veces, como por arte de magia, surgían apasionados amores entre sus gentes. Y en tales ocasiones, lo festejaban por todo lo alto, alternando el lugar de celebración en un pueblo, y en la siguiente ocasión, en el otro.

Éste es el lugar de los hechos. Y los protagonistas del mismo son estos nueve hombres: En uno de los pueblos de una de las orillas del río, había un hombre al que le gustaba especialmente la música. Tocaba el chistu y el tamboril, y amenizaba todos las fiestas y festejos locales. Y además de eso, era el encargado de leer los pregones del ayuntamiento. Todos sus vecinos le querían por la alegría que transmitía con su música. Se llamaba Hilario Aranburu Unanue.

Había otro al que todos conocían por su gran habilidad con el hilo y la aguja. Era sastre. En su taller de costura, se afanaba confeccionando bonitos vestidos y trajes para que sus convecinos luciesen elegantes. Y es que era un artista. En sus ratos libres incluso hacía teatro. Todos le querían porque intentaba siempre embellecer la vida del pueblo. Se llamaba Hilarión Arzelus Agirre.

Había también un chico joven, muy conocido por su gran afición al fútbol. El fútbol era su gran pasión. Por eso soñaba con convertirse en un futbolista de primera división. De momento, jugaba en el equipo de la fábrica donde trabajaba, Esteban Orbegozo. Estaba más que orgulloso de pertenecer a su equipo, “La Pinchada”. Sentía como nadie sus colores. Por eso en el pueblo todos le querían muchísimo. Soñaba con ser campeón de liga. Se llamaba Jose Becerra Narvaiza.

El siguiente de nuestros protagonistas era un chico con porte serio y formal. Tenía cara de buen estudiante, y es que lo era. En el pueblo todos pensaban que llegaría a ser un gran abogado. Estudiaba derecho, y para ello se había ido fuera, lejos, allí donde ni tan siquiera hablaban la lengua de sus padres. Los vecinos pensaban que un día podría llegar a ser un buen alcalde. Y es que vivía en la mismísima casa consistorial. Su padre era nada más y nada menos que el secretario del Ayuntamiento. Esta claro que todos le querían y, además, confiaban en que un día haría leyes más justas para mejorar la vida de sus vecinos. Se llamaba Angel Belaustegi Otamendi.

Muy cerca de Ángel, vivía un hombre joven, casado y con dos hijos. Era un hombre emprendedor y comprometido con sus vecinos, preocupado de que nunca les faltase trabajo. Sin trabajo, no había cómo ganarse el sustento. Y por eso creó con otros amigos, un taller de forja. Le pusieron un nombre que sonase importante: *Alcorta Mendizábal y Cia*. Y por ello se ganó el respeto y la admiración de todos. Su nombre era Hilario Gabilondo Ugalde.

Ildefonso Orcajo Orcajo no era de ninguno de los pueblos de las orillas de nuestro río. Había llegado en tren desde otras tierras, menos prósperas, y con distinta lengua y cultura. Tuvo que dejar atrás todo lo que hasta entonces había sido su vida, en busca de trabajo. Pronto se integró y se mostró agradecido por la buena acogida que le habían hechos sus nuevos vecinos. Éstos le escuchaban sorprendidos y asombrados contar historias de aquellos lugares. Vivía en una pensión, solo para hombres –se trataba de un pueblo de buenas costumbres– y allí se dedicaba a convencer a sus compañeros de lo bueno que sería vivir en igualdad, libertad y justicia. Era un gran soñador, y aunque era un poco revoltoso, todos le querían. ¡Como no hacerlo teniendo unos sueños tan hermosos!

Había otro chico, hijo de una familia muy conocida, y es que ésta regentaba la tienda de tabacos del pueblo. Y esto no era una cuestión menor. ¡Qué placer tan grande fumarse un buen cigarro entre amigos, mientras se intenta arreglar el mundo! Este joven era uno de los ocho hijos de la familia en cuestión. Pero sobre todo, era muy conocido por su gran devoción religiosa. Y es que estudiaba con los curas, que por entonces eran los que más sabían de lo humano y lo divino. No era difícil querer a Angel Zabaleta Aranburu, siendo como era.

Todavía nos queda dos personajes a los que presentar. Éstos vivían en el pueblo de la otra orilla del río.

El primero, Venancio Eguren Mendia, trabajaba con Hilario Gabilondo, os acordáis ese joven padre de dos hijos, que creó un taller para que a nadie le faltase trabajo. Vivía con su hermano, y no se le conocía más ambición que hacer bien su trabajo. ¡Ni tiempo tenía para echarse novia! Y como era tan buen compañero de trabajo, se ganó el cariño de todos sus vecinos.

Nuestro último personaje se llamaba Francisco Pompeyo Pompeyo. Estaba casado y tenía tres hijos. Y pasaba sus días entre la fábrica *Rojo y Zaldua* y su casa, que estaban casi pegados. El dueño de la fábrica había hecho construir todo un barrio para sus empleados. Y como Francisco vivía justo al lado de las vías del tren, yo supongo que soñaba con viajes y lugares desconocidos adonde ir y conocer; sino él y su mujer, por lo menos sus hijos. Por eso se afanaba mucho en su trabajo.

Pero un día de otoño, una gran tragedia se cernió sobre los habitantes de estos dos pueblos. La gente enloqueció y perdió la razón, y peor aún, la humanidad. La paz de las calles de los dos pueblos fue sustituida por tiros de pistolas y fusiles. Las bombas se dejaron oír, y el miedo y el odio envolvieron el corazón de sus habitantes.

No se conocía nada igual. Los vecinos habían oído narrar a los más viejos del lugar historias parecidas, pero siempre creyeron que se trataba de cuentos para asustar a los niños. Y no supieron qué hacer. Muchos de ellos simplemente huyeron, y en su huida derribaron el puente que unía los dos pueblos, quedándose cada uno de ellos aislado y solo, con el miedo carcomiendo los huesos a sus habitantes.

Nuestros nueve hombres no entendían qué habían hecho de malo para tener que salir huyendo.

“Si yo no hecho nada más que llevar la alegría a mis vecinos con mi música” decía Hilario perplejo.

“¿Cómo me voy a ir yo? ¿quien se va a ocupar de que la gente de este pueblo luzca hermosa?” decía Hilarión que en su desesperación no era capaz de enhebrar la aguja ni de dar bien una puntada.

José se negó rotundamente a dejar su equipo de fútbol. Se había propuesto llevar los colores de su equipo de fútbol a lo más alto. De hecho, llevaban una temporada llena de éxitos.

Ángel, verdaderamente preocupado, sacaba sus apuntes de derecho y decía: “Si no nos hemos saltado ninguna ley”.

Hilario no quería dejar por nada del mundo su taller de forja. Sus vecinos se quedarían sin trabajo, y se morirían de hambre.

Ildefonso exclamaba enfurecido: “No hay derecho, no hay derecho, yo no me voy. Este es mi pueblo” e instaba a todos su vecinos a que se reuniesen y buscasen una solución.

Ángel rogaba a Dios que velase por sus vecinos. Y era tan bondadoso, que incluso rogaba por sus enemigos.

Venancio pensaba: “Ahora que le he echado el ojo a esta chica del otro lado del río, yo no me voy, ni pensar”.

Y Francisco simplemente se resistía a dejar su casa. Tenía una familia a la que cuidar y alimentar, y no estaba dispuesto a abandonarlos a su suerte.

Pero sucedió, sucedió algo nunca imaginado. Y lo que podía haber sido un cuento con final feliz, se convirtió en tragedia. Alguien forzó las puertas de las casas de nuestros protagonistas, y se los llevaron sin dar ninguna explicación.

Fue la última vez que sus familiares los vieron, vivos o muertos.

Desde entonces y durante años, sus familiares languidieron de pena por sus seres queridos desaparecidos.

Pasaron los días, con sus terribles noches de insomnio, y un día se corrió la voz, en las dos orillas del río, de que Hilario Aranburu, Hilario Arzelus, Jose Becerra, Angel Belaustegi, Hilario Gabilondo, Ildefonso Orcajo, Angel Zabaleta, Venancio Eguren y Francisco Pompeyo habían sido fusilados.

Fin del relato

Quisiera añadir, además, que el solo recuerdo de este relato generó durante mucho tiempo una gran pena y mucho dolor entre los habitantes de estos dos pueblos, por eso se silenció durante décadas. Hasta hace bien poco, nadie se ha atrevido a contarlo. Yo lo recogí de la mano de un vecino con vocación de construir puentes, llamado Juanjo Arozena. También le gustaban los relatos.

Pero quizá ya ha llegado el día de contar esta historia, para que los habitantes de estos dos pueblos puedan compartirla, y se sientan más cerca los unos de los otros. Y sobre todo estén bien atentos, para que nunca nada igual pueda suceder, nunca jamás.

Con este relato hoy queremos homenajear a estas nueve personas de carne y hueso, y no de papel, que me han inspirado para hacer este relato. Y es que, aunque en estos dos pueblos no faltan hoy alegres chistularis, buenos sastres y mejores futbolistas, reputados abogados, empresarios comprometidos, gentes de la política, incluso mujeres alcaldes, devotos que cuidan de nuestras almas, honrados trabajadores, y amantes padres de familia; la vida en estos pueblos no es la misma desde que faltan estas nueve personas.

Y por eso hoy, todos los vecinos de los dos pueblos que bordean el río, quieren brindarles a estas familias, hoy aquí reunidas, la voz de la memoria, el reconocimiento pendiente, y nuestro mas profundo sentir, en forma de pergamino y un fuerte abrazo de la mano de sus dos alcaldes: Mikel Serrano y Oihane Zabaleta.

Urretxu, Antxiñe Mendizabal Aranburu, 2011ko urriaren 22an